



Cómo encontrar a Cristo - 1

El contenido de las dos próximas jornadas, “Cómo encontrar a Cristo” 1 y 2, fue adaptado del capítulo 3 del libro: *Cómo tornar real el cristianismo*, escrito por el pastor Morris Venden. Con humildad y espíritu de sumisión, vamos a continuar nuestra jornada.

¿Ya imaginaste que sucedería si Dios estuviese perdido? En el pasado, pareció estar perdido que algunos creyeron que estaba muerto. Si Dios no está perdido, ¿por qué es tan difícil encontrarlo?

Hace varios años leí una carta escrita por un joven en edad colegial, y jamás fui capaz de olvidar su clamor pidiendo socorro:

“Muchos de nosotros, fieles jóvenes miembros de la iglesia, estamos en una situación desesperada. Tenemos una enorme, amplia y profunda necesidad que no está siendo satisfecha. Estamos muriendo de inanición, porque no estamos siendo alimentados”.

“Por favor, tómenme en serio, porque yo sé de lo que estoy hablando. Diariamente jóvenes están dejando la iglesia, amargados, desengañados y sin esperanza, mientras otros ni se interesan por la religión, pues no ven en ella nada que los ayude”.

“No necesitamos más sermones en relación con dar testimonio a otros. Muchísimas veces nos es dicho que debemos compartir el evangelio; pero, al responder a este desafío, descubrimos que no tenemos nada que decir. ¿Cómo podemos convencer a otros de esperar el retorno de Cristo si la mayoría de nosotros no podría reconocerlo si viniese hoy? Necesitamos de alguien que nos hable sobre Dios. Sabemos todo en relación con doctrinas y prácticas de la iglesia”.

“Conocemos muchas cosas, pero no conocemos a Cristo. Nunca nos lo presentaron, y a menos que Dios obre un milagro y se nos revele, jamás lo conoceremos”.

“Por favor, enséñennos cómo conocer a Dios y su carácter. Somos bebés espirituales. Necesitamos a Jesús. Anhelamos conocerlo. Muéstrannos, con su experiencia personal, cómo podemos comunicarnos con él. Nuestra mayor necesidad es conocer a Dios. ¿Pueden mostrarnos cómo encontrarlo?”

Esta interrogación sobre “cómo encontrar a Cristo” no está confinada a los jóvenes de 20 años de edad. Personas que durante 20 años han sido fieles miembros de iglesia

también han admitido su frustración al intentar encontrarlo. Una vez alguien describió de este modo su desesperación: “Creo que Dios ni sabe mi dirección”.

Es interesante notar que algunos personajes bíblicos parecen haber tenido la misma dificultad al intentar encontrar a Dios. Job 23:3 revela el clamor desesperado de un alma hambrienta: “¿Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!” Amós 8:12 menciona a un grupo de personas que corren errantes de mar a mar, desde el norte hasta el oriente, buscando la palabra del Señor y no siendo capaces de hallarla.

¿No te parece desalentador? Existe la curiosidad de saber si es posible encontrar a Dios. ¿Puede el hombre iniciar esa búsqueda de Dios?

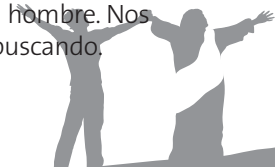
Dios nos está buscando...

La Biblia indica que algunos tienen éxito en esa búsqueda. Son pocos. Mateo 7:14 describe dos caminos que llevan a nuestro destino final. Mientras que la mayoría de nosotros sigue el camino ancho, que conduce a la muerte, algunos logran encontrar el camino estrecho, que conduce a la vida eterna. Jesús afirma que, si lo buscamos, hallaremos descanso para nuestra alma (Mat. 7:7; 11:29), y Dios promete que cuando lo busquemos de todo corazón, lo hallaremos (Jer. 29:13), porque él no está distante de nosotros (Hech. 17:27).

Por lo tanto, es evidente que existe apoyo para que busquemos a Dios. No tenemos que esperar al predicador o al clérigo para convencernos de que necesitamos de Dios, pero la verdad es que Dios está siempre donde estamos, intentando atraernos a él, incluso mucho antes de que empleemos tiempo y energía en buscarlo.

Recuerdo las historias que Jesús contó sobre la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo (Luc. 15). Los publicanos y otros “pecadores” estaban aglomerándose en torno a él, escuchando ávidamente sus palabras. Alrededor de la multitud, los fariseos y los doctores de la ley, virtuosos a sus propios ojos, empezaron a murmurar entre sí, diciendo: “Este a los pecadores recibe, y con ellos come” (Luc. 15:2).

Jesús respondió con una parábola que demuestra una gran verdad: Dios nos está buscando, y sus esfuerzos superan nuestras tentativas para encontrarlo. Y estas tres parábolas nos infunden coraje, pues describen mucho más que el procedimiento de un Dios que busca al hombre. Nos hablan de la especie de personas que él está buscando.





La pérdida...

En la primera historia, un pastor que tiene cien ovejas en su rebaño nota que está faltando una. En algún lugar del desierto, la oveja estaba perdida, y si la dejaba al desamparo y sola, continuaría vagando hasta morir. A pesar de conocer su situación, ella no sabía el camino de regreso. Inmediatamente, el pastor salió al desierto y la buscó hasta encontrarla. Con gran regocijo la llevó a casa, y reunió a sus amigos y sus vecinos, diciendo: "Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido" (Luc. 15:6).

Jesús aclaró muy bien que la salvación no viene por buscar a Dios, sino por la forma en que respondemos a la búsqueda que hace Dios de nosotros. Así como la oveja, podemos saber que estamos perdidos, aunque no sepamos el camino de regreso.

Pero Dios sale a buscarnos. La segunda historia contada por Jesús trata acerca de una mujer que poseía diez monedas de plata. Una noche, al contarlas, descubrió que faltaba una, probablemente perdida en algún lugar dentro de su propia casa. Encendió una lámpara y buscó por toda la casa, tratando de encontrarla entre sus pertenencias. La búsqueda continuó, porque no importaba cuán pequeña fuera la moneda de plata, ésta todavía era muy valiosa a sus ojos.

Nota que, al contrario de estar perdida en las montañas o en el desierto, esa moneda estaba perdida dentro de la casa. La moneda ni sabía que estaba perdida. Sin embargo, su dueña lo sabía, y la buscó hasta encontrarla. Para conmemorar, celebró una fiesta. Nuevamente, Jesús resaltó el hecho de que el valor de un alma jamás puede ser subestimado a los ojos del Cielo.

Entonces, Jesús concluyó su mensaje con la parábola del hijo pródigo, un hijo desagradecido, que calculó deliberadamente su perdición. Se fue con tantas riquezas como pudo llevar consigo y partió hacia un país distante. Allí se perdió, intentando olvidarse de su padre, huyendo. Por algún tiempo, pareció tener cierto tipo de éxito y encontró amigos que lo ayudaron a gastar desenfrenadamente su dinero. Pero, llegó el día en que se vio sin recursos. Gastó su abrigo, su termo y su chaqueta. Gastó su camiseta y, finalmente, "volviendo en sí", estando en un chiquero, recordó todo el amor que su padre le ofrecía. Ese mismo poder del amor estaba llevándolo de regreso, y dijo: "Me levantaré e iré a mi padre [...]" (Luc. 15:18).

¿Existe perdón para el pecado deliberado? Dios ¿perdona a los que apostatan y planean perderse? Esa parábola

enseña que, aunque sepamos nuestro camino de regreso, Dios nos aguarda cada día en el portón de entrada, esperando que nuestra silueta aparezca en el camino. Al avistarnos, corre a nuestro encuentro para darnos la bienvenida con gran regocijo y felicidad.

En estas tres ilustraciones, Jesús demuestra su bondad y la amabilidad del Padre. En algún momento de la vida, nos identificamos con una de estas experiencias. Podemos saber que estamos perdidos y, sin embargo, no sabemos el camino de regreso; podemos caminar sin darnos cuenta de que estamos perdidos o podemos, deliberadamente, planear estar perdidos, a pesar de conocer el camino de regreso. Jesús nos asegura que Dios busca a estas tres clases de personas. Todas son valiosas, y el Cielo siempre se regocija cuando alguna persona es salva.

Este es el deseo de Dios. Este es el plan de salvación. Dios no es un ser evasivo, que está jugando a las escondidas mientras nuestro destino eterno pende en la balanza. No está buscando evitarnos. Al contrario, servimos a un Dios que nunca nos deja solos ni vagando, ya sea que sepamos que estamos perdidos o no, ya sea que conozcamos el camino de regreso o no.

En cada caso, Dios toma la iniciativa, quedándose con nosotros, atrayéndonos a él y esperando hasta que percibamos su presencia. Continuamos buscándolo porque él nos buscó primero. Lo amamos porque él nos amó primero, todo el camino desde un mundo de gloria hasta un mundo de pecado y dificultades. Siempre está buscándonos.

"Bueno", dirá alguien, "si Cristo nos está buscando, ¿por qué es tan difícil encontrarlo?"

El problema siempre ha sido el mismo, desde el principio, cuando el pecado entró en nuestro mundo. No podemos hallarlo porque ocupamos la mayor parte de nuestro esfuerzo y energía huyendo, y a veces huimos después de haberlo encontrado.

Adán escapó, y se escondió entre los árboles y los arbustos del jardín del Edén, pues sabía que Dios vendría a hablar con él, como lo hacía diariamente. Después de rebelarse contra la voluntad de Dios, Adán tuvo miedo de encajarlo. Finalmente, encontró un denso matorral y se escondió, esperando que Dios no lo viera. Pero Dios corrió tras él.

Jacob huyó de su casa y de su familia hacia el desierto. Su hermano quería matarlo, e imaginó que su vida estaba a punto de terminar. Agotado, se acostó en el polvoriento margen del camino, poniendo una roca por almohada, e intentó



dormir. Entonces, vio una escalera mística que iba de la tierra al cielo. Dios lo estuvo siguiendo, y Jacob se emocionó al percibir que Dios todavía lo amaba, a pesar de su equivocación.

Jonás también huyó de Dios. Receloso de llevar el mensaje a Nínive, escapó. Dentro del barco, en alta mar, pensó que finalmente había tenido éxito en su fuga, pero Dios lo siguió hasta el vientre del gran pez.

Saulo de Tarso intentó matar a todos los cristianos de Jerusalén. De allí, partió hacia Damasco con el propósito de acabar con los nuevos cristianos. Dios lo siguió, listo a perdonar su pasado y dispuesto a ayudarlo a construir una nueva vida. Lo siguió a lo largo del camino a Damasco, recordándole la oración que Esteban dijera antes de morir: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (Hecho. 7:60).

Rutas de escape

Es muy difícil escaparse de Dios, pero con frecuencia hacemos todo cuanto está a nuestro alcance, toda maniobra y evasión, para dejarlo atrás. En todos los casos, estamos realmente escapándonos de la misma cosa: La sumisión. Intentamos escapar de aquel momento en que nos encontramos cara a cara con la verdad, y percibimos que somos incapaces de administrar la vida y las cosas eternas. Nuestro ego y nuestro orgullo vuelven muy difícil nuestra propia redención. Nuestro corazón humanista prefiere la religión del “hazlo por ti mismo”, en la que confiamos en nuestra capacidad y nuestros recursos inherentes. Queremos apoyarnos en algo que podamos hacer, de suerte que inventamos toda clase de medio para escapar de la sumisión.

Frecuentemente, buscamos mantenernos ocupados con asuntos bastantes legítimos, tales como estudios o trabajo, para no tener que pensar seriamente en temas como el tiempo, la eternidad y la relación con Dios. A los estudiantes universitarios les agrada quejarse en relación con tener muchos deberes para realizar y no tener tiempo suficiente para cumplirlos. Pero, recordando mis años de estudiante, creo que fueron los días más despreocupados de mi vida, porque ahora cada año que pasa trae más deberes y responsabilidades, mientras el tiempo parece moverse más y más rápido. Alguien me dio un libro con el intrigante título: *Cómo vivir 24 horas por día*. Planeo leerlo algún día. ¡Todavía no lo hice, porque no tengo tiempo suficiente!

Si intentamos escapar a través de los deberes mundanos, seremos absorbidos por los placeres de esta vida. Huimos de nosotros mismos y de Dios, siempre en gran actividad, en constante movimiento, siempre buscando una excitación más o una emoción que aleje nuestros pen-

samientos sobre el futuro. Fuga orientada hacia el placer. Desarrollamos una especie de síndrome para las eternas inquietudes. Si no podemos encontrar suficiente actividad o placer para mantenernos ocupados, quedamos trastornados, pues la peor tortura del mundo sería tener tiempo para pensar en Dios y en la eternidad.

Aunque lamentamos el exceso de trabajo, estamos contentos porque esto impide que entreguemos el yo.

Otra ruta de escape es la falsa religión. Nos revestimos de toda ostentación, comportamiento exterior y vocabulario religioso. Nos volvemos expertos en simulación, en representación, en fingir que estamos cerca de Dios, siendo que no es así. Cuando no podemos aceptar una relación de dependencia personal con Dios, buscamos maneras de evitarla. Nos agrada pasar buena parte del tiempo discutiendo, escarbando y analizando temas religiosos. Generalmente no hay ningún valor práctico en tales especulaciones, pero exhiben nuestra rapidez mental y engañan a otros, llevándonos a pensar que somos religiosos.

Sin embargo, a pesar de que deliberadamente estamos intentando huir de Dios, él constantemente nos sigue, quedándose muy cerca, ayudándonos cuando no lo sabemos, guiándonos cuando no lo pretendemos.

Él permanece con nosotros, buscando una oportunidad para darnos a conocer que nos ama y nos cuida, aun cuando estamos huyendo.

Todavía, existe una forma mucho más sutil de huir de Dios, y no siempre estamos conscientes o dispuestos a aceptarla. Después de percibir nuestra necesidad de Dios, todavía podemos tropezar ante la idea de sumisión, de entrega, de suerte que buscamos forjar nuestras propias rutas de salvación. Tomamos la iniciativa en la búsqueda, imaginando que por nosotros mismos somos capaces de hallarla.

Cambios de comportamiento

Muchos de nosotros intentamos efectuar cambios de comportamiento -algo tangible para ser realizado. Nos analizamos, e intentamos buscar a Dios a través de la autorrealización, usando un abordaje psicológico, sin tener a Dios como centro y sin tener a Cristo como modelo. Intentamos renunciar a nuestras prácticas y hábitos pecaminosos, a nuestros malos pensamientos, a nuestra impiedad. Si obtenemos éxito en modificar nuestro comportamiento, si logramos convertirnos en personas correctas, de principios morales, entonces pensamos que encontramos a Dios.



A veces creemos que encontramos a Dios cuando tenemos simplemente una debida combinación de tiernos sentimientos y exaltaciones emocionales; religión sensacional, no fundamentada en la Palabra de Dios. Buscamos una cierta atmósfera e intentamos rodearnos de personas correctas. El éxito en encontrar a Dios es medido por el número de lágrimas derramadas, por los escalofríos que recorren nuestra columna, por las suaves luces y la música que ayuda a sentirnos religiosos. De algún modo, pensamos que si conseguimos el ambiente adecuado, recibiremos una enorme inyección espiritual que durará hasta el próximo reavivamiento emocional en algún lugar.

Y así sucede con todos los métodos de escape del momento de la verdad; momento en que percibimos la necesidad de nuestra rendición a Dios. Intentamos huir respondiendo a un llamado al altar, o yendo a la iglesia, o conversando con el pastor. Intentamos esquivarnos decidiendo que nunca más practicaremos ciertos actos. Hacemos todos los tipos de promesas y esfuerzos, pero los días pasan y nuestra oficina está sin las marcas de nuestras rodillas, y la tapa de nuestra Biblia, en donde se retrata la vida y el carácter de Jesús, acumula polvo en nuestro estante.

Texto adicional

El secreto para pensar y actuar de acuerdo con la Biblia, en un mundo materialista y secularizado, es caminar con Dios todos los días.

El programa de Dios para mi vida hoy

El mensaje que Dios me dio en esta jornada es: _____

Lo que Dios espera de mí: _____

El programa de Dios para mi vida hoy...

En la mañana: _____

En la tarde: _____

En la noche: Dormir temprano, _____

Personas por las cuales estoy orando:

1. _____
2. _____
3. _____
4. _____
5. _____
6. _____
7. _____